

### *Presentación*

En lo que va del último cuarto del siglo XIX a comienzos del XX, la producción y el consumo de novelas constituyen un fenómeno indiscutible en los diversos escenarios de América Latina. Para explorar los procesos que han dado cabida tanto a los primeros éxitos de público como al creciente interés de los escritores y las escritoras por abordar el género, es imprescindible considerar a la vez la diversidad de aspectos (textuales, materiales) y de factores (de orden social, económico, literario) que entran en juego.

Por una parte, y tal como se ha comenzado a hacer en las últimas décadas, hay que pensar el auge de la novela en relación con la emergencia de un público lector cada vez más amplio y heterogéneo a medida que nos aproximamos al cambio de siglo, un público que en los diferentes contextos latinoamericanos surge como resultado de las campañas alfabetizadoras y de la promoción de la lectura, de la presencia cada vez más nítida de la mujer lectora en la cultura moderna y, finalmente, de algunas estrategias editoriales para captarlo o contribuir a su formación. Por otra parte, hay que considerar los dispositivos de circulación —algunos más tradicionales, otros más modernos— que ponen en vidriera a las novelas durante el período. A partir de los años setenta, se observa tanto la persistencia de los folletines en el espacio de una prensa cada vez más diversificada y en pleno proceso de modernización, como el esfuerzo de ciertos grupos letrados por dar realce al libro, considerado el formato más deseable para la conformación de un sector del nuevo público. Así, el circuito de los libros y la ampliación del público lector intervienen complementariamente en el inusitado interés que despierta la novela: el público empieza a ser disputado tanto por los escritores como por el mercado cultural en formación, al mismo tiempo que le imprime a la lectura de novelas rasgos que se creían propios del consumo general de bienes, del que la literatura parecía exenta y que renueva la discusión sobre cuál debe ser su función (fundamentalmente artística, didáctica o social).

Sin embargo, estos aspectos vinculados con las prácticas materiales de publicación y lectura no podrían terminar de entenderse si se prescinde de las propias novelas, es decir, de las historias que esas novelas cuentan, del mundo ficcional que construyen, de la imaginación y los imaginarios que ponen en funcionamiento. Eso explica, en buena medida, tanto el éxito de algunas no-

velas populares (por ejemplo, en la década de 1880, *Juan Moreira* en la Argentina o *Los bandidos de Río Frío* en México), como la curiosidad que suscitan, especialmente entre los jóvenes, las novelas de temática escandalosa que empiezan a circular en las capitales americanas, un poco a hurtadillas pero con altas tiradas, hacia finales de siglo. Por todo esto, sólo un enfoque que combine, de acuerdo con las necesidades particulares, el estudio de las textualidades, las formas materiales y los circuitos de difusión y distribución de las obras garantiza un aporte renovado al campo de estudios sobre la novela latinoamericana de finales del siglo XIX y comienzos del XX, es decir, del período que, aproximadamente entre 1870 y 1910, comprende las marcas y efectos de una intensa modernización.

En ese marco, la prensa y la biblioteca resultan dos condensaciones simbólico-materiales de los circuitos que recorrían las novelas: mientras la prensa fue el principal administrador de los bienes culturales durante el auge modernizador de fines del XIX, la biblioteca anuda los significados tradicionales y los modernos de la literatura y de la lectura en su selección y ordenamiento de los libros. Los lectores son, finalmente, esa modalidad particular del público en la que todos los circuitos dejan su huella pero, también, por la cual el libro adquiere un nuevo sentido.

El espacio a pie de página del folletín, los folletos populares, las colecciones de clásicos universales, las “bibliotecas nacionales” que sacaban los periódicos, las nuevas bibliotecas circulantes, los anuncios publicitarios, las vidrieras de las librerías representan algunos de los circuitos —todos inusualmente accesibles—, a través de los cuales la novela llegaba hasta sus lectores y lectoras. Iniciado el siglo XX, se agregan nuevos canales, como tiendas, almacenes y hasta quioscos de revistas.

Como sucedió antes en Europa, en el último cuarto de siglo también en América Latina la prensa moderna se constituyó, con sus estrategias comerciales y sus prácticas de difusión, en el canal privilegiado de consagración de la novela. No sólo por su publicación serializada en el espacio del folletín, donde compartía el protagonismo con novelas europeas, sino por su convivencia con noticias, con editoriales, con reseñas, con avisos, con otros textos literarios que o bien potencian o bien entran en tensión con las historias narradas. A esto se le suma que, por sus mismas condiciones de producción y de publicación, la prensa auspicia la práctica del coleccionismo, en este caso un

coleccionismo modesto y artesanal, propio del armado de un folleto o cuaderno con las sucesivas entregas de cada novela, que es el primer paso en la formación de una biblioteca hogareña. Tanto es así que serán los mismos periódicos los que editarán en forma de libro las historias publicadas primero a modo de folletín, o más adelante, los que organizarán, con el significativo nombre de “biblioteca”, colecciones de novelas nacionales y extranjeras que acompañan semanalmente la salida del diario.

Con este tipo de prácticas lectoras y con la creciente diversificación de los circuitos recorridos por la novela en los inicios del siglo XX, comienza a distinguirse una circulación propia de la literatura popular que contrasta con el tradicional acceso letrado a los libros y que da por resultado dos tipos diferenciados de bibliotecas. Si por un lado está la biblioteca tradicional, aquella que contiene, entre los numerosos libros de estudios y de obras filosóficas, algunas novelas, aquella que cuenta con obras completas, primeras ediciones, libros con autógrafos y hasta manuscritos, por el otro se forma la biblioteca hogareña, complemento ideal de la biblioteca popular o circulante, en la que la novela ocupa un lugar central.

Esta posibilidad hasta entonces inédita de fácil acceso al libro alimenta la idea de que poseer una biblioteca en la casa está al alcance de quien se lo proponga y que cualquier hombre o mujer de modestos recursos puede tener libros propios y destinar, como era frecuente entre los sectores acomodados de la sociedad, un espacio físico a la biblioteca. Los avisos de los periódicos, de hecho, no sólo verifican la tendencia al consumo de libros con los anuncios de las librerías y las casas editoriales, sino también con los anuncios de compraventa de mobiliarios donde depositarlos: bibliotecas, mesas de escritorios, sillas para gabinetes de lectura, todos de diversos tipos y precios, dan cuenta de la variada gama de lectores y lectoras que conforma el público emergente de entresiglos en América Latina.

Finalmente, las novelas. Es que las historias narradas se hacen cargo del mismo fenómeno del que participan al poner en escena a personajes lectores, cuyos conflictos suelen estar vinculados con su deseo, ansiedad o identificación ante los libros. En esos personajes, casi siempre, resuenan los debates acerca de cómo debe ser la novela nacional o americana, de cómo debe ser la novela cuya escritura y lectura se fomenta en el campo cultural. A los “lectores golosos” que buscaba estimular Domingo F. Sarmiento a mediados de

siglo, apostando a que el puro entretenimiento también contribuye a la educación, se les asoma su perfil más oscuro, el de lectores voraces y envidiosos que no sólo no pueden detener su manía por las novelas sino que confunden la realidad con la ficción. Los ejemplos son variados e innumerables: desde la Dorotea de *¿Inocentes o culpables?*, la novela de Antonio Argerich (Argentina, 1884), hasta la Manuela de *El Zarco*, la novela de Ignacio Manuel Altamirano (México, 1901), o si no, el diplomático millonario de *La gran aldea* (Argentina, 1884), que entre sus muchas riquezas posee una suntuosa biblioteca que cuenta con ediciones *princeps* de autores prestigiosos pero también con libros pornográficos. Todas estas representaciones evocan y configuran imaginarios, así como dan rienda a una imaginación novelesca que es la condición irreductible del auge arrasador de la novela en América Latina en el período de su consolidación, cuando resultó el género predilecto del expandido público lector.

Son muchos los interrogantes abiertos por el cruce entre una perspectiva textual y la consideración de las prácticas culturales involucradas en el acto de leer. En ese sentido, poner el eje en los circuitos de la novela habilita algunas respuestas, tal como puede observarse en los artículos que integran el presente volumen. El modo en que las condiciones de producción y el contexto de publicación de la única novela escrita por José Martí en la década de 1880 entra en tensión con los lectores ideales imaginados por el texto, puede contrastarse con el “oportunismo” de quienes redactan novelitas de tema “pornográfico” para crear escándalo y aprovechar las demandas potenciales de un mercado incipiente como el de la Buenos Aires de esos mismos años. Los avatares de la lectura de *El negocio*, del portorriqueño Manuel Zeno Gandía, novela que pone en jaque el imaginario nacional de su época, pueden cotejarse con los procesos de identificación y denuncia que atraviesa a lo largo del tiempo esa suerte de clásico popular mexicano que es *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno. Así también, la relación entre lectura y consumo puede enfocarse o bien en su aspecto procesual, estudiando la apabullante publicación de novelas en la prensa periódica, como por ejemplo en la prensa peruana, o bien en un sentido puntual, como en la Buenos Aires de comienzos del siglo XX, analizando la colocación del libro en medio de la explosión de consumo masivo propia de esos años. Por otra parte, muchos de los debates locales entran en conflicto con la perspectiva que asumen escritores y críticos cuando leen la

novela hispanoamericana ya no desde América sino desde Europa, como sucede particularmente en entresiglos, cuando Rubén Darío imagina para la literatura producida en América un escenario de dimensión mundial. Finalmente, hemos traducido para este número un artículo de Flora Süssekind —conocido hasta el momento solamente en lengua portuguesa— en el que se exploran las relaciones y los préstamos entre prensa y literatura en algunas de las novelas más importantes de Machado de Assís, así como en una serie de escritos periodísticos tempranos del autor.

Por último, no queremos cerrar esta presentación sin agradecer la contribución de los colaboradores: Sergio Pastormerlo, Paulette Silva Beauregard, Richard Rosa, Flora Süssekind, Marcel Velázquez Castro, Margot Glantz, Carolina Sancholuz. Todos ellos son especialistas en literatura latinoamericana que han trabajado o lo siguen haciendo en temas relativos a la novela, la conformación de públicos y las prácticas culturales que consolidaron la emergencia del género hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX en las diversas regiones del continente. Un doble agradecimiento a Paulette Silva Beauregard, por su interés inicial en nuestra propuesta; así como a Alicia Ríos y el Consejo Editorial de la revista *Estudios*, que encontró interesante nuestra propuesta para este número especial. Finalmente, no está demás aclarar que para las compiladoras, este *dossier* constituye un avance respecto de los interrogantes que a menudo nos formulamos en el marco de nuestras respectivas investigaciones individuales (que convergen en torno a las representaciones y las prácticas culturales de los siglos XIX y XX). Un avance y también una invitación a los lectores —muchos de ellos colegas y críticos— para seguir pensando la emergencia y consolidación de la novela latinoamericana, en el marco de los enfoques abiertos por la nueva historia cultural que, como llevamos dicho, interroga por igual las prácticas lectoras y los circuitos de lectura, los actores y los escenarios, los imaginarios y los textos.

Graciela Batticuore y Alejandra Laera (coordinadoras)